

Virginia Isabel Cazalás – (Carlos Alberto Giglio)

La pareja integrada por Virginia Isabel Cazalás (“Vibel”) y Carlos Alberto Giglio quizás respondió a un modelo de la época, porque ciertamente no eran pocas las uniones que se formaban entre estudiantes de arquitectura y psicología en los primeros años de la década del ‘60.

Ella era de Tres Arroyos y, pese a que en primera instancia viajó a Buenos Aires para cursar su carrera, a mitad de año por alguna circunstancia que se desconoce decidió continuarla en La Plata. El jugaba de local, ya que había nacido en la capital provincial.

Los presentó un amigo en común, de nombre Samuel y de profesión historiador. Conocía a Carlos del barrio y a Virginia de la facultad de Humanidades. Se deduce que algo pasó dentro de ellos cuando se vieron las caras, porque a los pocos días hubo una fiesta, de la cual se fueron juntos, para no separarse nunca más, al menos por su propia voluntad.

Tenían muchas cosas en común: eran jóvenes, progresistas, inteligentes y aspiraban a un mundo mejor. Se amaban, así que decidieron caminar la vida juntos a través del casamiento, naciendo de esa unión dos hijos: Josefina y Francisco. Hoy el infortunio sigue uniéndolos: ambos forman parte de la larga lista de desaparecidos que dejó la dictadura militar.

II

Virginia Isabel Cazalás nació en Tres Arroyos el 23 de junio de 1944. Cursó sus estudios primarios en la Escuela N° 8 y los secundarios, al igual que su hermano Eduardo, en el Colegio Nacional. Vivió siempre en la misma casa, donde su padre Eduardo Julio Cazalás (“Polo”) tenía una fábrica de soda de su propiedad y que era, a la sazón, el medio de vida de la familia. Por entonces, desconociendo uno la existencia del otro, Carlos Giglio cursaba sus estudios medios en el Colegio Nacional de La Plata. Este último era dos años mayor que “Vibel”, habiendo nacido el 14 de setiembre de 1942.

El destino los cruzaría cuando ambos decidieron emprender una carrera con la cual hacerse un futuro. Carlos había escogido arquitectura y Virginia psicología.

Virginia emigró muy joven del Tres Arroyos natal. En 1962, a los 18, ya cursaba psicología. En los primeros años, cuando todavía no había conocido a quién sería su esposo, tuvo otros noviazgos, entre ellos el escritor Ricardo Piglia.

No tendría más de 21 cuando se conoció con Carlos. Corría por entonces el año 1965. En 1966 se decidieron a casarse. Ambos estaban concluyendo los estudios, por lo que existió resistencia en sus familias para que concretaran en esa ocasión el matrimonio, ya que suponían que si se casaban no terminarían las carreras. Pero no hicieron caso a las sugerencias que recibían en tal sentido y, en sencilla ceremonia, formalizaron la unión. Cuatro años después, en 1970, nacería el primero de dos hijos del matrimonio: Josefina.

III

Tenían un carácter muy distinto, quizás se gustaron por eso de la atracción de los polos opuestos. Virginia, sería, representaba la contracara de la alegría permanente de Carlos. A tono con su personalidad, fue “Vibel” quién inició la militancia política con más ahínco, acompañándola el marido que, en principio, se sostenía más distante. Sin embargo, tal vez por que aún no se lograba desterrar una cierta tendencia machista, fue él quién apareció en un determinado momento

formando parte de la mesa directiva del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), agrupación que habían escogido para militar y en la que, posteriormente a instancias de Virginia, participarían también otros tresarroyenses.

Tanto las familias Giglio como Cazalás eran de extracción radical. "Polo" Cazalás llegó a ser concejal por el partido, aunque no tiene un buen recuerdo de la experiencia: "Fui concejal, pero me echaron cuando lo echaron a Illía". El papá de Carlos, por su parte, también era militante de boina blanca. Murió joven, producto de una efisemia pulmonar. Y si bien fumaba mucho, hay una especie de leyenda familiar que cuenta que lo agarraron en una manifestación, lo "cagaron" a patadas, estuvo preso, tomó mucho frío y esa fue la verdadera causa de su muerte.

"Una vez le pregunté a mi papá, cuando yo no tendría más de cinco años: 'el abuelo es radical y hay otros que son peronistas, ¿vos qué sos?'. Mi viejo miró a mi vieja y ella le dijo que sí con la cabeza. El me contestó: 'nosotros somos comunistas, pero no se lo digas a nadie'. Para los de Tres Arroyos sólo había Montoneros y ERP. Pero supe de un par de compañeros de mis padres que en La Plata hubo un grupo grande del PCML", recordó Josefina Giglio, hija mayor del matrimonio desaparecido.

IV

Recibidos ambos, Giglio y Cazalás desarrollaron intensamente su trabajo profesional. Carlos hizo obras para la Municipalidad de La Plata y el Instituto de la Vivienda. Hay varias casas de su autoría construidas en la ciudad de las diagonales. Virginia, por su parte, decidió que lo suyo no era ejercer tradicionalmente la psicología, sino que podía ser mucho más útil, pensándolo además desde un punto de vista militante, haciendo docencia de su profesión. De tal modo, empezó a trabajar como profesora en psicología, dando clases en institutos terciarios –que ayudó promover-, entre los que se contaban los de Tres Arroyos, Azul, Olavarría y City Bell. Al momento no existían experiencias de ese tipo por lo que, junto a otra compañera que actualmente está exiliada en Suecia, fueron pioneras en la materia.

En el 2000, en un acto que contó con la organización de SUTEBA y la adhesión de la filial local de la APDH, se le impuso el nombre de "Virginia Cazalás" a la Biblioteca del Instituto Superior de Formación Docente de Tres Arroyos, como un modo de rendir homenaje "a todos los docentes víctimas del terrorismo de Estado".

V

Fue en 1976, cuando quizás todavía no se habían dado cuenta hasta qué punto habían sido restringidas todas las libertades, que Carlos Alberto Giglio fue detenido por fuerzas de seguridad.

El 19 de mayo, en el domicilio de Pavón 1830 de capital federal, se desarrollaba una reunión del PCML. Alguien denunció el encuentro militante. Supuestamente fue una vecina que se quejó por "ruidos molestos y situaciones sospechosas". Rápidamente fueron enviados efectivos al lugar, acompañados por dos helicópteros, acordonándose el sitio. Viéndose rodeados, los asistentes a la reunión emprendieron la huida a través de distintos medios. La mayoría lo hizo por los techos. Fue tan rápida la estampida que pocos se percataron de que también en la reunión había dos mujeres embarazadas y, obviamente, no iban a poder huir de tal manera. Los dos que sí lo hicieron y que, por tanto, demoraron su partida

para ayudar a los demás, fueron los que se llevaron la peor parte. Uno de ellos fue Carlos Giglio.

Carlos no huyó, sino que por el contrario, quedó para el final. Consideró que era más importante asistir a sus compañeros y a las futuras mamás. Ayudó a saltar a todos. Cuando hubo completado la tarea y se disponía a emprender la partida, lo hirieron en una pierna, impidiéndole el salto que podría ponerlo a salvo. Cayó al pozo de luz del edificio, desde donde se lo llevaron herido.

Bruno Díaz era el nombre del restante compañero militante que tomó una decisión similar a la de Carlos. El obrero de frigorífico no corrió mejor suerte: lo mataron a tiros.

Teniendo en cuenta la división de zonas diseñada por el ejército para el combate "antisubversivo", los responsables por la desaparición nunca aclarada de Giglio serían el titular del I Cuerpo de Ejército, general de brigada Carlos Guillermo Suárez Mason; el general Jorge Olivera Rovere, a cargo de la subzona capital federal y el almirante Rubén Jacinto Chamorro, que se desempeñaba como jefe del área 6, en jurisdicción de la ESMA.

VI

Para cuando Carlos Giglio desapareció tenía 35 años y una hija de 6, Josefina. Virginia, su esposa, contaba con 32 años y estaba embarazada, a punto de dar a luz. De hecho en junio, al mes siguiente de la detención, nació Francisco, el segundo hijo del matrimonio que nunca conocería personalmente a su padre.

Asustada por el hecho y, dada su condición de militante, ante la posibilidad concreta de estar entre los próximos objetivos, Virginia ingresó en la clandestinidad. El hijo que llevaba en el vientre vino al mundo de manos de unos amigos militantes que tenían más voluntad que conocimientos y que en la ocasión hicieron de parteros. "Vibel" dio a luz en San Justo, pues ahí están registrados los papeles que identifican a Francisco.

La historia mostrará que tenía razón en procurar el anonimato, pues efectivamente se sucedieron distintos procedimientos intentando dar con su paradero. La buscaron en casa de los familiares de Giglio y también en Tres Arroyos, en casa de sus padres, todos los cuales –sin tener nada que ver-, debieron soportar el manoseo de personas que se creían dueños de la vida de sus semejantes, padeciendo el encierro y la detención. En las sombras, Virginia vivía una sensación mezcla de dolor e indignación. En lo que iba del año había desaparecido su esposo, debió dar a luz en la clandestinidad y en manos solidarias pero ignorantes, con los riesgos que ello significaba, y no podía acercarse a ningún familiar propio ni del marido, pues todos estaban bajo estricta vigilancia policial y militar.

En junio de 1976 tuvo lugar una ola de detenciones en la familia. La mamá de Giglio, Tecla Valli, estuvo una semana secuestrada; Alicia, hermana de Carlos Alberto, que vivía en un pequeño poblado cercano a Pehuajó, fue levantada junto a su esposo teniéndolos detenidos toda una noche. En Tres Arroyos, mientras tanto, se procedía a la detención de Eduardo Julio Casalás ("Polo"). Todas las acciones tenían como fin dar con el paradero de "Vibel" y sus hijos. De las tres detenciones de familiares, la de "Polo" fue la más cruda, no sólo porque tenía 60 años de edad, sino porque estuvo también desaparecido por el lapso de 30 días, que más bien le parecieron 30 años.

VII

"Me vinieron a buscar acá el 9 de junio de 1976, en un Ford Falcon y un Peugeot 404. A las 4 de la mañana empezaron a golpear la puerta, yo estaba durmiendo con mi señora. Prendí la luz, salí y lo que menos pensé es que venían a llevarme. Cuando abrí la puerta, unos tipos se me abalanzaron encima con unas pistolas bárbaras. Cuando me dijeron que eran del Ejército y que estaban buscando a mi hija, yo les dije que no sería para tanto. Todo ese tiempo me apuntaban a la cabeza con pistolas como cañones. Revisaron la casa y no encontraron nada. Estábamos mi hijo Eduardo, que recién se había recibido de arquitecto, mi señora y yo. Como no hallaron nada, se querían llevar a Eduardo. Ante eso me puse fuerte y les dije: no llévenme a mí. Y el tipo me llevó".

Si bien manifestó que lo trataron bien, lo cierto es que Cazalás sufrió 30 interminables días desaparecido, pues desde el mismo momento de su detención los captores mintieron sobre cuál sería su destino como prisionero. Habían dicho cuando lo sacaban de la casa que lo llevarían a Bahía Blanca, pero al llegar por avenida San Martín a la Ruta 3, en lugar de doblar a la izquierda, enfilaron hacia la derecha, lo que indicaba que no era la capital del sur su destino. "¿No íbamos para Bahía Blanca?", preguntó sorprendido Cazalás, al que trasladaban en medio de dos personas en el asiento trasero del auto. "Cállese, que no lo vamos a matar. Somos de Buenos Aires", replicó el que conducía.

A la altura de Ezeiza le vendaron los ojos para que no pudiera ver el tramo final del viaje y reconocer el lugar de detención. "Para mí estábamos por Tapiales, en esa zona. Todas las mañanas, temprano, venían tipos a hacer la limpieza. Y estaban todos con esas radios chiquitas, meta tango. Se ve que les gustaban los tangos. Andaba bien yo ahí, porque también me gustaban. Y el locutor decía radio Tapiales o algo así".

A través de la investigación de forenses, con el correr de los años, se sabía que el sitio donde estuvo recluido Cazalás no era otro que el centro clandestino de detención conocido como "El Vesubio", situado a pocos metros de la autopista Ricchieri, en un camino de tierra. El nombre le había sido dado por los militares debido a la negra columna de humo que ascendía a consecuencia de la constante incineración de cadáveres mezclados con viejos neumáticos.

"El primer día que llegué ahí, yo pensé que enseguida me iba a llamar alguien, pero no. A la noche, todos los presos tenían un colchón. Pero yo no tuve esa suerte. 'Esta embromado, abuelo, para usted no hay colchón', me dijo un soldado. Pedí entonces una manta, que si había, me tiré en el suelo y me dormí. Debería estar nervioso, porque empecé a soñar. Me despertó una patada que me pegaron en la cintura. Qué paso, qué pasó, dije sobresaltado. 'Abuelo -me recriminó el que me había pateado-, está usted a grito pelado'".

A los 15 días recién lo interrogó un abogado, que le preguntó por su hija, a lo que respondió que hacía mucho que no la veía. "Vea, yo no sé porque me tienen preso. Le voy a ser franco, desde que tengo 18 años me afilie al partido radical. Soy radical, hay algún problema con eso", manifestó "Polo" como toda respuesta. Viendo que nada más le podrían sacar, le anunciaron que pronto sería liberado.

Pronto fue una quincena después, o sea en total un mes detenido, tiempo en el que vivió en infrahumanas condiciones y en todo momento con los ojos vendados. "Hacía frío, me hacían levantar a las 7 de la mañana. Me daban una especie de chocolate muy diluido con agua. Me ponían al lado de una estufa a leña, que estaba prendida, y estaba ahí todo el día sentado. Siempre tuve los ojos vendados, aunque algo lograba pispear por debajo del pañuelo. No me dejaban bañar, así que pasé un mes sucio. Escuchaba conversaciones y me parece que el resto eran todos chicos jóvenes. El más grande seguro debería ser yo. Cuando se preguntaban entre sí de donde eran, yo decía que era de sodero de Tres Arroyos".

Finalmente, el 8 de julio, un sargento se llegó hasta él para anunciarle su inmediata libertad. "Mire abuelo - manifestó-, le vamos a dar un dinero, una camisa nueva y se va a poder bañar. Báñese que las 9 de la noche lo va a venir a buscar un auto y lo van a llevar a Constitución para que vuelva en ómnibus a Tres Arroyos". Llegada la noche, como cuando lo habían alzado de su casa un mes antes, otra vez lo subieron a un Falcon y le volvieron a vendar los ojos, no sin antes advertirle que no diga nada de lo que había vivido, que iba a ser para lío. Esa noche regresó a su hogar y no habló del tema con nadie. Antes, le había pedido al oficial que le dio el dinero y la camisa, su dirección para devolvérselos, guardando el uniformado silencio por toda respuesta.

Durante su desaparición, en Tres Arroyos y a instancias de su hijo Eduardo, se habían registrado distintas gestiones pidiendo por su paradero. En Bahía Blanca, donde le habían dicho lo llevarían, nadie reconocía haber hecho el operativo. La Cámara Económica de Tres Arroyos, la Junta Vecinal Barrio Escuela N° 18 y los obreros de la fábrica de agua gaseosa hicieron trámites por separado, enviando notas al intendente municipal Angel Amer Cortese y al jefe del V Cuerpo de Ejército, general Osvaldo René Aizpitarte. Varias de las notas fueron avaladas por los restantes propietarios de fábricas de soda de la ciudad, que resaltaban la limpia trayectoria de casi medio siglo de trabajo y las virtudes de Cazalás como vecino tresarroyense.

VIII

Mientras ello sucedía, Virginia continuaba en la clandestinidad. Debió ingeniárselas para vivir de prestado, por etapas, en distintos domicilios. Mayoritariamente quienes la acogían guardaban relación con el PCML y, por tanto, sabían los riesgos que corrían. Con un bebé a cuestas y con Josefina en edad escolar, no le resultó fácil hacer que su hija no perdiera el colegio. Para evitar riesgos, Josefina dejó de portar su nombre y apellido para transformarse en María José Roldán, bajo cuya identidad cursó estudios en un colegio del barrio de Belgrano en la capital federal.

Por supuesto que moría de ganas de ver a su familia, tanto como de recuperar a su esposo, al que sabía desaparecido, pero confiaba continuara con vida.

Con sus padres se vio, en una cita que tuvo lugar en el mes de julio, a casi trescientos kilómetros de Tres Arroyos. En esta, por primera vez, los abuelos Cazalás pudieron conocer a su nieto Francisco. En aquel encuentro, que se produjo cerca de Mar del Plata, "Polo" le insistió a Virginia para que abandonara el país, se fuera por lo menos un tiempo, hasta que las aguas se calmaran. Pero la respuesta de su hija fue contundente: "No papá, me quedó acá. Desde acá veré qué puedo hacer por Carlitos (refiriéndose a su esposo)".

No sabía qué iba a hacer, pero seguro algo se les ocurriría. Lo que nunca pensó Cazalás era que en mente de su hija y otros militantes del PCML, estaba secuestrar al coronel Juan Alberto Pita, interventor militar de la CGT, con el fin de canjearlo por Carlos Giglio y otros compañeros de partido.

IX

No se sabe con cuánta anticipación había sido meditado el acto, pero lo cierto es que no pasarían muchos días desde el encuentro de "Vibel" con sus padres, hasta que los medios de comunicación dieran la noticia del secuestro del coronel Pita. El PCML planeó la maniobra, que perseguía como fin la aparición con vida y liberación de sus compañeros y, entre ellos, Giglio. "Vibel" formó parte del equipo

militante que diseñó la negociación, la que se hizo a través de intermediarios, dándose a conocer como grupo secuestrador, pero cuidando hasta los más mínimos detalles para no ser descubiertos.

Durante seis meses se trató de llegar a un arreglo. Debían lograrlo porque, si no acordaban, llegaría un momento en que no sabrían qué hacer con Pita, pues desde luego no era su intención retenerlo por más tiempo, tampoco herirlo, torturarlo y mucho menos matarlo. Pero el gobierno no cedió a lo largo del medio año que pasó hasta que por fin Pita, aprovechando un descuido de sus captores, logró evadirse del lugar donde lo habían recluido.

Huyendo, el interventor de la CGT se llegó hasta el Batallón de Comunicaciones 601 de City Bell, al norte de La Plata, desde donde se montó un amplio operativo en procura de identificar y detener a los secuestradores.

No dieron con ellos, pero sí pudieron identificar el lugar donde pasó Pita sus días desde julio y hasta noviembre de 1976. Lo habían "guardado" en un sótano de reducidas dimensiones, cuya única entrada apenas permitía el paso de un hombre. La "celda" tenía paredes de tierra y contaba con un camastro como único mueble y un tacho que hacía las veces de sanitario. La finca de la que logró escapar Pita era un galpón, donde supuestamente funcionaba una carpintería, enclavado a cuatro cuadras de las estación Hernández del ferrocarril General Roca. En un comunicado del Comando en Jefe del Ejército difundido el 10 de noviembre de 1976, se da cuenta que "el hecho fue perpetrado por la banda subversiva autotitulada Partido Comunista Marxista Leninista en complicidad con la también autotitulada ERP, que le brindó apoyo".

Con la evasión de Pita, el plan de recuperar a Carlos Alberto Giglio y otros compañeros del PCML había fracasado.

X

Durante el año que va desde la fracasada negociación por Pita y hasta noviembre de 1977, "Vibel" continuó en la clandestinidad junto a Josefina y Francisco. La pequeña seguía con otra identidad que le daba mayor seguridad no sólo a ella, sino a toda la familia.

Los encuentros entre los miembros del partido se habían disipado, debían hacerse más espaciados para despertar la menor cantidad de sospechas posibles y, de paso, brindarse unos a otros un marco de protección.

De tal modo se reunían, una vez al mes, en lo que llamaban "citas". Y si bien la detención y desaparición de Virginia Cazalás se produciría el 6 de diciembre, la redada que acabó con la "cita" del 6 de noviembre, un mes antes, fue la que marcó su futuro.

El 6 de noviembre un operativo concluyó intempestivamente con la reunión de los miembros del PCML, de la que la profesora de psicología de Tres Arroyos no había formado parte. Sin embargo, como se dijo, sería decisiva en su vida, ya que en la ocasión fue apresado un integrante del partido, conocido por el alias de "El Ratón", que fue quién "mandó en cana" a sus compañeros, brindando todo tipo de precisiones sobre quiénes formaban el PCML, donde vivían y qué hacían.

El 6 de diciembre, sin saber que un compañero los había entregado, al prepararse para la cita del último mes del año, a las 23 horas, Virginia Cazalás fue detenida en el domicilio de Ramón Freire 2320 8° C de capital federal. Estaba acompañada por otros dos militantes, Patricia Gabriela Villar y su novio, Mariano Montequín. Además de los nombrados, junto a "Vibel" estaban los pequeños hijos producto de su matrimonio con Giglio.

Los tres fueron llevados por las fuerzas de seguridad, dejando a los pequeños con un vecino. Se supone que esa noche la zona fue liberada, porque a Josefina y Francisco los recogió la policía, mientras que a su madre y los compañeros los apresó el ejército.

Por el mismo organigrama citado en el caso Giglio, resultan responsables de la detención de Virginia Cazalás, el titular del I Cuerpo de Ejército, Carlos Guillermo Suárez Masón; el general Andrés Aníbal Ferrero, de la subzona capital federal y el coronel Jorge Hugo Arguindegui, responsable de la área 3, donde se produjo la detención de los nombrados.

Horas después, en la casa de "Polo" Cazalás en Tres Arroyos, la policía le informó que tenía que viajar inmediatamente a Buenos Aires para hacerse cargo de sus nietos, pues de lo contrario serían derivados a un asilo.

XI

Los agentes de la Policía Federal que recogieron a los pequeños pertenecían a la Comisaría 37, que estaba ubicada en Mendoza 4148 de la capital. Una vez en la sede policial, hasta tanto llegara su familia, se decidió separarlos. Un cabo raso, recién casado, llevó a Francisco a su casa, mientras que Josefina quedó al cuidado de una mujer policía. A la hija mayor de los Giglio, que empezaba a tomar noción de lo que estaba pasando, el día y medio que transcurrió hasta que llegó su abuelo le pareció una eternidad.

En Tres Arroyos, cuando la noticia de la detención de "Vibel" fue conocida por sus padres, eran las 2 de la mañana. La amenaza de que si no viajaban rápido enviarían los nietos a un asilo había golpeado tan fuerte a "Polo" y su esposa que no tuvieron el tiempo de reflexión suficiente para preguntarse qué habría pasado con Virginia.

El auto de Cazalás no estaba en las mejores condiciones, tenía "un coche medio cacharro" definiría él, así que se trasladó a la terminal para lograr un pasaje en el primer ómnibus que saliera para Buenos Aires. Estaba en eso cuando Dardo Bianchi, un amigo de la familia, que se había comprado un Taunus nuevo, le ofreció llevarlo.

A las 8 de la mañana estaban en capital, en la puerta de la 37. El comisario Germán Ruano les restituyó a los pequeños y alcanzó a responder a la pregunta de Cazalás sobre la situación de su hija: "no sabemos, se la llevó el ejército".

XII

Virginia y Francisco crecieron al lado de sus abuelos maternos, quienes junto a su tío Eduardo y Olga Bianchi, la esposa de este último, se preocuparon porque nada les faltara y, dentro de sus posibilidades, hicieron todo para atenuar la ausencia de los padres.

Mientras tanto, efectuaron cuanta gestión se enteraron que se podía hacer. Hay constancia del hábeas corpus presentada por "Polo" Cazalás y hasta de un intercambio epistolar con Theo C. van Boven, director de la división de Derechos Humanos de la oficina Génova de las Naciones Unidas.

Más todas las tramitaciones quedarían en vía muerta y nunca más se sabría nada de su hija y yerno. No hay constancias oficiales de cuál fue la última vez que alguien supo algo de Giglio, aunque hubo oportunos rumores de que había sido trasladado a Sierra Chica, especie que nadie confirmó. "Vibel", por su parte, fue vista por último vez en "El Banco", definición que se le daba para su identificación

como centro de detención clandestino a la Brigada Guemes de la policía de la provincia.

Pese a estas noticias, quizás porque su corazón radical todavía latía esperanzado, Cazalás padre esperó con ansiedad el retorno de la democracia en 1983. También su esposa, que para entonces había sido más que una abuela, casi una madre para Josefina y Francisco. "Mi abuela cantaba viejos tangos y milongas mientras limpiaba la casa a la mañana; hasta que se acordaba y cesaba todo canto. A ella le gustaba mucho bailar, pero 'desde que pasó lo de tu madre...' Nunca más mostró alegría en una fiesta: ésa era su forma de protesta", contó la nieta mayor.

Siguieron con fe la llegada de Alfonsín al poder. Esperaban que, si estaban detenidos, ahora se les brindara la posibilidad de volver al hogar, de reвер sus vidas, de empezar de nuevo. Pero nada de eso ocurrió.

La esposa de "Polo" murió en 1989, cuando Josefina estaba en su primer año de universidad estudiando periodismo. También falleció Eduardo, el hermano de Virginia, víctima joven de una enfermedad terminal.

Solo "Polo" y sus nietos, Josefina y Francisco, sobreviven a la dolorosa historia que protagonizaron las familias Giglio y Cazalás. A los 84, pese a que intenta ser duro, el mayor de los Cazalás, el sodero de Tres Arroyos, no encuentra explicación a lo que sucedió: "yo creo que los militares que andaban en eso no se dieron cuenta la barbaridad que hacían. Me pongo en el caso de que fuera militar y tengo que buscar gente, los mandaría presos, pero esta gente los mataba. Ahora están enojados porque no los quieren, pero como para quererlos. De Virginia nunca más supimos nada, ni siquiera dónde está enterrada. Dicen que no tienen la lista, pero ¿cómo no van a tener?".

XIII

Francisco Giglio, el menor de los dos hijos del matrimonio, a quién llaman "Pancho", es actualmente estudiante de música. Josefina trabaja de periodista e integra la redacción del diario La Nación. Además, es socia fundadora de HIJOS, entidad en la que militan los descendientes directos de desaparecidos al cabo de la dictadura militar.

En tal condición, bajo el título de "Siempre de nuevo", un testimonio suyo de 1995 se publicó en el libro "Ni el flaco perdón de Dios", de Juan Gelman y Mara La Madrid, en el que narra la experiencia como hija de desaparecidos. Parte del citado texto se transcribe a continuación, con expresa autorización de Josefina.

"En HIJOS pensamos que es indispensable que la sociedad reconozca lo que pasó. Durante mucho tiempo, cuando yo contaba que mi papá había desaparecido me decían, ah sí, se fue con otra. Me costaba explicar qué era el aparato represivo del Estado, eso superaba ampliamente la imaginación de muchos de los que me rodeaban y de otros que no querían enterarse. Así como durante 18 años no se pudo nombrar a Perón y ese tipo de ridiculeces, también pareciera todavía que del tema de los desaparecidos muchos no se quieren enterar, uno tiene que contarle de nuevo siempre porque en este país la historia hay que contarla siempre de nuevo.

No es fácil poder hablar, poder contar, no faltan los que dicen: 'eso es revolver viejas heridas'. Todavía se está cazando a los nazis que pueblan el mundo y acá en apenas 20 años nos olvidamos y hacemos como que no pasó todo lo que pasó. Te dicen: 'Ustedes están sacando', como si uno estuviera sacando mierda. Yo no saco, yo las cosas las tengo adentro, y en cuanto al duelo, a poder cerrar, yo creo

que hasta que no me den un cuerpo no voy a poder cerrar nada. Un cuerpo, un hueso, un algo.

En tanto, tenemos que contarle todo otra vez y hay gente que te dice: 'Ah, increíble lo de esos años' y tenés a Massera que habla retranquilo por televisión y afirma que en la ESMA no pasó nada, cuando todo el mundo sabe que fue procesado y condenado, y todavía hay gente que dice: ¿campos de concentración, acá, en mi Argentina celeste y blanca, en el Mundial mientras yo gritaba goles?. Y parece que uno estuvo viviendo todo ese tiempo en otro canal. Lo que pasó no me lo contaron, no lo vi por TV. Le pasó a mis padres, Carlos Giglio y Vibel Cazalás.

Creo que lo más fuerte de agruparnos en HIJOS es que pudimos decir sí, nuestros viejos están desaparecidos, y no tener que explicarlo y poder decirlo orgullosos. Tal vez suena grandilocuente la exigencia de que la sociedad se haga cargo del pasado, que se pueda llegar a un determinado nivel de maduración de la verdad para que no se tenga que andar discutiendo esas cosas. No pedimos que la sociedad se haga cargo de nuestro dolor, sino que reconozca el terrorismo de Estado. Eso aliviaría mucho.

Es muy doloroso para un hijo tener que levantar el cadáver de un padre para que socialmente se acepte lo que pasó. Cuesta mucho distanciarse del propio dolor, pero una no puede quedarse en él. Y construir desde ahí es muy doloroso porque se trata de nuestro dolor, de las cosas que no pudimos hacer, de lo aislados que estuvimos.

La ausencia de los padres y el dolor es común a todos los hijos de desaparecidos, pero cada quien atravesó procesos muy distintos y tuvo vivencias muy distintas, y eso marca, y tiene que ver con lo que cada quien hace con eso. Yo traté de rescatar a mis padres desde lo que eran. Desaparecieron, pero antes eran un montón de cosas, porque si no, es como que vengo de la nada y voy hacia la nada. Puede pasar que una sienta que sólo la entiende otro hijo de desaparecido y ése es un gran espejismo. Nace de que después de 15 o 20 años de no contar a nadie la desaparición, o de contarla pero no vivenciarla con nadie, en un primer momento una encuentra en otro hijo de desaparecido un alma gemela.

En el colegio una es la única, más en un pueblo como Tres Arroyos, y entre los amigos se dice: 'El papá de Josefina tuvo una historia medio rara'. De repente esa historia se puede contar y el que escucha es tan normal como uno. Vivimos tratando a toda fuerza de ser normales porque ya bastante anormal era nuestra historia. Nos encontramos en HIJOS y todos somos seres con dos patas. Y es muy loco el tema de te conozco de toda la vida y el tema de haber encontrado la gran familia.

Durante mucho tiempo estuve sentadita sobre mi dolor, sentía que ya me había pasado demasiado. En realidad, lo malo le había pasado a mis padres, pero uno fantasea mucho con qué distinta hubiera sido la vida con ellos. No sé si mejor o peor, pero distinta. Se siente una determinada por algo de afuera y durante mucho tiempo estuve enojada con el mundo. Entonces me dije: ¿qué hacés con lo que te pasó?, traté de ponerlo en algún lado. Un montón de cosas podían empezar a partir de mí. El tema del grupo hace que nadie se pueda instalar demasiado en su dolor, ya estamos todos suficientemente dolidos y entre nosotros afloja mucho el regodeo del dolor.

Creo que eso mismo surge del humor negro. Alguien pregunta: '¿Sabés cómo se llama la última película de Subiela?. No desaparezcas sin decirme a qué campo de concentración vas'. Otro propone celebrar el Día de la Madre. Uno de los chicos insistía una noche en que tenía que hablar por teléfono, salió a la calle y cuando volvió dijo: 'Llamé a mi mamá, pero no me contesta'. Los de afuera se escandalizan,

cómo nos podemos reír de algo así. Pero a los de afuera no los dejamos reírse de algo así. Esto sí lo entiende solamente un hijo de desaparecidos.

Parece que todos llegamos a una edad en que dijimos o hablo ahora o callo para siempre. Creo que tiene mucho que ver con el país. En un mes vimos por televisión todos los ejemplos del horror posible, al 'Turco' Julián contando cómo torturaba. Entonces uno se pregunta: ¿y yo mientras tanto qué hago? ¿Cargo en la mochila mi dolor y pasa por una cuestión de duelo personal y nada más, o digo esto tiene que ver con los 30 mil desaparecidos, con algo mucho más general?.

Heredamos cargas pesadísimas. Sé de un tipo que venía a casa cuando estábamos clandestinos en Buenos Aires, cayó preso y mandó al muere a muchísima gente, entre otros a mis viejos. No lo voy a buscar de ninguna manera. Allá él y su conciencia. Hay compañeros nuestros que tienen padres que estuvieron presos y salieron y se tienen que bancar esa cosa de ah, tu papá sobrevivió, como si fuera más honorable que el padre esté muerto, como si a lo mejor colaboró. No tiene sentido especular si el padre fue militante hasta el final o delató. Así como no nos hacemos cargo de sus banderas, tampoco nos podemos hacer cargo de sus cagadas.

Para mí ser hija de desaparecidos se asocia automáticamente con el significado de la sigla HIJOS, es decir, Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio. Necesito saber mucho de mis padres y eso va a ser mi identidad. Nadie resolvió el problema de la justicia, desde el campo político no hemos tenido ningún tipo de respuesta. Y el tema del olvido y del silencio es lo que más fuerza nos da. Es la primera vez que todos decimos sí, soy hijo de desaparecido, y qué.

Ahora cada vez más digo el nombre de mis padres en voz alta, y los asumo con el amor y el dolor en partes iguales. Una de las cosas que vencí es la incapacidad del dolor ante lo ajeno por esa incapacidad de dolerme. Ahora me siento y me duele, pero estoy más viva y puedo tocar este fuego con las manos, aunque presenta que mi piel a veces tironea, incómoda.

Me doy cuenta de que además de ser Josefina, mujer, hermana, periodista, etcétera, etcétera, soy hija y voy a ser hija siempre, ésa es mi memoria. Ser hija con todas las contradicciones que eso implica, ese amor/odio, pero siempre hija. Y poner el pedacito de la historia que fue la historia de mis viejos en su lugar, me ayuda y ayuda a que la historia esté completa. Porque hubo un tiempo en que los olvidé para que no dolieran, pero siguieron estando, esperando ellos también por mí.

Mi responsabilidad personal en relación con mis padres ha pasado a ser social porque tiene que ver con la memoria del país. No soy quién para decir que todos fueron culpables de la dictadura, hasta el almacenero de la esquina, por acción u omisión. Pero ahora que se sabe tanto de los crímenes de la dictadura, es legítimo esperar que la gente tome una postura al respecto. Hay quien nos llama pichones de guerrilleros. Es otra forma de descalificar nuestra búsqueda.

Quiero la verdad, justicia y por siempre memoria. Pero no para andar llevándonos los fantasmas por delante todo el tiempo. No para cargar con las coronas fúnebres y los crespones. Para saber que no me trajo la cigüeña de París, y que mientras mis padres estuvieron vivos y libres, me quisieron con ellos".

ADENDA / EDICION 2006

La identidad de "El Ratón"

"El Ratón", un integrante del PCML, que fue apresado el día 6 de noviembre de 1977 un operativo militar, y que más tarde se convirtió en colaborador del Proceso delatando a sus compañeros, es un elemento clave en el capítulo que acaba de leer.

Hasta la primera edición de "22", el verdadero nombre de "El Ratón" resultó toda una incógnita. Pese a la insistencia de los autores, los ex integrantes de aquella agrupación coincidieron en no recordar su identidad.

Ahora, una investigación más profunda sobre este punto en particular, ha permitido esclarecer quién fue "El Ratón", cuyo rol -como se vio en el capítulo precedente y se apreciará en los sucesivos-, fue determinante para la aprehensión y desaparición de algunos de los tresarroyenses víctimas de la dictadura militar.

"El Ratón" fue el alias de Angel Laurenzano, militante del PCML de La Plata, que luego en cautiverio se convirtió en colaborador de los represores, brindando todo tipo de precisiones sobre quiénes formaban el partido, dónde vivían y qué hacían. Así lo permiten aseverar varias fuentes.

Según afirmó la ex detenida-desaparecida, Susana Leonor Caride, al prestar declaración en la causa seguida al torturador Julio Héctor Simón, alias "El Turco Julián", inmediatamente a su detención Laurenzano fue alojado en el centro clandestino conocido como "El Banco".

En una segunda instancia, desde "El Banco" fue trasladado a la ESMA. Este dato está contenido en el expediente judicial seguido en España por el juez Baltasar Garzón contra varios genocidas argentinos. El 24 de noviembre de 2000, el magistrado dictó el procesamiento del represor Juan Antonio Del Cerro, alias "Colores", teniendo por acreditado que, entre otros hechos, estuvo a cargo de conducir a Laurenzano desde "El Banco" hasta la ESMA.

La totalidad de las fuentes concuerdan en el rol de entregador de compañeros que le cupo a "El Ratón", pero la página web lafogatadigital, vinculada al "proyecto contra la impunidad", que se desarrolla en la casa de las Madres del Plaza de Mayo, va más allá, incluyendo a Laurenzano en la lista de torturadores actuantes en "El Banco".

Más cerca en el tiempo, y al igual que otros ex represores, Angel "El Ratón" Laurenzano, apareció vinculado al complejo equipo que veló por la seguridad del desaparecido empresario postal Alfredo Yabrán.

Cristian Sanz, en su agotado libro "La larga sombra de Yabrán", editado por Sudamericana en 1998, adjudica a "El Ratón", estar a cargo del área de seguimientos del ejército privado del cuestionado dueño de OCA.

En el mismo sentido, pero en la edición del diario Página 12 del 1 de noviembre de 2001, se expresó el periodista y escritor Miguel Bonasso. El ahora diputado, señaló el rol de colaborador asumido por Laurenzano cuando estaba en la ESMA, definiéndolo como "personaje de novela de terror". Y apuntó que, junto al capitán de fragata retirado -y también conocido genocida-, Adolfo Miguel Donda Tigel, "construyó una inquietante red de inteligencia para el Grupo Yabrán".

Setenta jacarandaes

Setenta retoños de jacarandaes, uno de ellos con el nombre del arquitecto Carlos Alberto Giglio, esposo de la tresarroyense Virginia Isabel Casalás, plantaron los vecinos de San

Cristóbal, el 24 de marzo de 2004, para recordar y homenajear a igual número de detenidos-desaparecidos del barrio.

La plantación, llevada a cabo por empleados de Medio Ambiente del Gobierno de la Ciudad, se efectuó a lo largo de la Avenida San Juan, la arteria inmortalizada por Homero Manzi y Edmundo Rivero en “Sur”.

Los retoños crecen sobre las mismas veredas en que, una mañana de marzo de 1977, el periodista Rodolfo Walsh llamó a las Fuerzas Armadas golpistas en un documento demoledor que, como nunca antes lo había hecho nadie, definió la acción represora del Golpe de Estado de 1976: “las Tres A son las tres Fuerzas Armadas”.

En esa avenida, 28 años después, la vecindad de San Cristóbal decidió honrar la memoria de aquellos que la dictadura hizo “desaparecer”.

Ese día actuó la murga “Los Monarcas de la Fiaca”, de Parque Patricios, que con más de treinta bailarines y músicos abrió el desfile. También hubo discursos. Y a su término, las trescientas personas congregadas para rendir tributo, salieron a buscar cada arbolito, a leer la placa ubicada al pie y en la que reza: “detenido-desaparecido del barrio durante la dictadura militar. Presente en nuestra memoria. Vecinos de San Cristóbal, 24 de marzo de 2004”.

La mención de sus nombres mereció, de parte de los presentes, un coro emocionado. Al citar la identidad de cada detenido-desaparecido, tres centenares de personas gritaron: “Presente, ahora y siempre”.

Estos datos, contenidos en la página web lavaca.org, una medio de comunicación social creado a fines del año 2001 y que semanalmente, a través de crónicas y reportajes, brinda información sobre diversas experiencias sociales, interesan por lo singular del recordatorio y también, en el caso puntual de este libro, por la mención de Carlos Giglio entre los detenidos-desaparecidos homenajeados.

Gustavo Mac Lennan, quién suscribió el artículo de lavaca.org conteniendo los detalles del acto, concluyó el comentario citando sus propias sensaciones sobre lo que sucedió en aquella avenida bautizada con “nombre de canción de niños”.

“Avancé unas cuadras bajo el sol del mediodía y luego regresé por la avenida. Fue entonces cuando pude ver la inmensidad del daño hecho por los genocidas del ’76. Vi, por primera vez, las cuadras y los jacarandaes todos juntos; la evidencia del desatino. ¡Cuántos jóvenes, cuántos corazones, cuántas almas que querían vida, risas, amores, hijos, estudios, amigos y futuro por delante, simbolizados ahora por esos frágiles retoños recién plantados!

“Echaban raíces, crecían de a poco, hablaban de memorias, de otras vidas. Por su savia, respiran ahora aquellos que no están, que fueron arrancados como ramas del árbol de la historia y que hoy, casi treinta años después, vuelven a adentrarse en la grama de su barrio, San Cristóbal, en esa avenida con nombre de canción de niños:... ‘aserrín, aserrán... los maderos de San Juan’. Ahí están, uno junto al otro. Son setenta retoños”.

ADENDA / EDICION 2025

Josefina y Francisco Giglio declararon en el juicio que investiga la desaparición de su madre, “Vibel” Cazalás

Cualquier abogado se sorprendería si le contaran que un testigo, al término de su declaración, es largamente aplaudido de pie por todo el público presente en la sala de audiencias. Exactamente eso le sucedió a Josefina Giglio el 1 de febrero de 2017, cuando declaró en la causa que investiga el secuestro y la desaparición de su madre, Virginia Isabel Cazalás.

En el juicio se investigaron secuestros, torturas y desapariciones de víctimas que pasaron por los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio conocidos como Atlético, Banco y Olimpo. Se juzgó a ocho imputados: exagentes de la Policía Federal, del Servicio Penitenciario Federal, del Ejército y de la Gendarmería Nacional. Los testimonios de Josefina y de su hermano Francisco, quien tenía un año y medio al momento del secuestro de su madre y también declaró, supieron transmitir lo que sintieron y sienten en carne propia, y también precisar cuál es la deuda que el Estado tiene pendiente con las víctimas y con la sociedad toda.

A pedido de los autores de este libro, Josefina transmitió su vivencia sobre aquel acto, que dio origen a su libro “Yo la quise”, publicado por la editorial de la Universidad Nacional de La Plata en 2019:

“Yo no quería ir a declarar. No entendía la necesidad, cuarenta años después de desaparecida mi madre, ir a declarar y no saber nada: que había sido de ella, dónde estaban sus huesos.

“El juicio, el ir a declarar, es una descompostura. Se descompone el cuerpo, claramente, que vuelve a sentir el miedo profundo, la necesidad de escapar, las ganas de vomitar. Se descompone el espíritu, que no sabe si ser valiente y sobreponerse para volverse inteligible o desatarse porque ir a declarar cuarenta años después es asomarse a esa oscuridad con la que aprendimos a convivir pero que puede enloquecer. Se descomponen el tiempo y el espacio: cuando empezamos a hablar de eso que pasó hace tantísimo, se transforma en puro presente. Lo que tardamos tanto en contar en sede judicial nos vuelve a pasar en este mismo momento: la condición de ‘desaparecido’ no cesa, eso es lo perverso. Así que tengan paciencia, señores jueces, porque tenemos mucho para decir.

“Para ir a declarar, entonces, me armé un andamiaje teórico-emocional. Leí mucho, mucho, sobre el testimonio, las razones políticas, éticas, históricas, psicológicas. Creo, como dice Primo Levi, como dice Pilar Calveiro, como dice Nora Strejilevich, que una declara para pasar de víctima a testigo. Declarar en sede judicial –no subestimemos el escenario de la verdad– representó, para mí, un desplazamiento en esa subjetividad: de lo pasivo a la acción. A poder explicar el efecto desolador que tuvo la desaparición de mi padre y mi madre en mí, en mi hermano, en mis abuelos, en toda la familia. Para ir a declarar, también, pensé que me faltaba información. Yo estaba en casa cuando se llevaron a mi vieja y nos dejaron, a mi hermano y a mí, con una vecina. Pero necesitaba más, necesitaba entender, aprehender la causa y la vida de mis padres durante los años de militancia y juventud. Entonces entrevisté a todas las personas que pude: compañeros/as de facultad y de militancia amigos/as del barrio, conocidos/as. Con mucha persistencia –y usando la guía telefónica–, encontré a la vecina con la que nos habían dejado aquella noche. El diálogo que pude tener con ella impulsó también un profundísimo cambio en mi punto de vista sobre las cosas y sobre

cómo todas las vidas fueron afectadas por el exterminio.

“Para ir a declarar, obvio, me compré un traje negro para darle más seriedad al asunto y escribí todo lo que quería decir. Tengo mucho para decir, señores jueces. Contar que además de secuestrar a mi padre Carlos Giglio (34 años) en mayo de 1976 y a mi madre Vibel Cazalas (32 años) en diciembre de 1977, también desaparecieron a una prima de mi padre, Silvia Roncoroni (34 años), en febrero de 1978. Su hijita Sofía tenía 3 años y fue dejada con una vecina. En junio de 1976, entre el secuestro de Carlos y el de Vibel, el aparato represivo desplegó un fuerte operativo contra mi familia: fueron a Tres Arroyos a buscar a mi abuelo Eduardo “Polo” Cazalas (61 años); se lo llevaron a la hora de la cena y lo mantuvieron esposado y tirado en una cama durante un mes en el Centro Clandestino de Detención El Vesubio. Cuando lo liberaron y volvió a Tres Arroyos pesaba diez kilos menos. A mi abuela Tecla Valli de Giglio (61 años) la fueron a buscar a su casa en La Plata y se la llevaron junto a su sobrino Sergio Valli (18 años), que justo estaba de visita. La tuvieron una semana atada, sentada en una silla. Entre las secuelas físicas Tecla atravesó un cáncer de mama que le paralizó el brazo derecho y un día que iba a presentar un habeas corpus por mi padre sufrió una parálisis facial que le afectó la capacidad de hablar y de comer. También a mi tío Alberto “Palito” Bossie (41 años) –casado con Alicia, la hermana de mi padre– se lo llevaron de su casa de Mones Cazón y lo tuvieron tres días secuestrado en la comisaría de Carlos Casares. Mi hermano y yo estuvimos dos días en la comisaría 33 de la ciudad de Buenos Aires, hasta que nos entregaron a mis abuelos Polo y Virginia.

“El secuestro y posterior desaparición de mi padre y de mi madre fueron llevados a juicio y se dictó sentencia contra los responsables directos. Recién este año (2025) comenzó el juicio por la desaparición de Silvia Roncoroni (De acuerdo a testimonios, Silvia fue llevada al CCD Base Naval Mar del Plata (Agrupación de Buzos Tácticos). Demás está decir que los demás miembros de mi familia no obtuvieron ningún tipo de reparación ni justicia por las detenciones ilegales de las que fueron víctimas.

“¿En qué momento una verdad íntima se transforma en una verdad social, en una memoria colectiva? Creo que eso sucede cuando testimoniamos. En sede judicial o en cualquier otro formato. Cuando terminé de declarar sentí un inmenso alivio, el alivio de haber cumplido una misión. Mi misión para con los que no están y con los que sí estamos. Mi misión como hija mayor, como depositaria de una memoria que por momentos me reconforta y en otros me ahoga sin remedio. Como un corredor de postas que alcanza a darle el testigo al que sigue.

“Por eso, cuando terminó el juicio, me di cuenta de que tenía mucho, muchísimo más para contar. Y que esa información, esos detalles, esos colores, necesitaban otro tono. Por eso escribí ‘Yo la quise’ (Edulp, 2019). Quise contar una historia de amor, un policial, una de cowboys, como las que le gustaban a mi abuelo Polo. Quise contar algo para reponer todo lo que yo no sabía (¿quién sabe todo de la vida de sus padres?) y ya no tenía a quién preguntarle. Quise darle carne al cuerpo de mi madre, ese que no tengo. Quise contarla viva, enamorada, furiosa, en acción. Quise darle espesor más allá de la foto. Quise dar un testimonio que alojara el amor, no solo la muerte.

“Como dice Manuel Reyes Mate –filósofo español que ha trabajado mucho por recuperar la memoria de las víctimas del franquismo–, para lo reparable está la justicia. Para lo irreparable está la memoria. Pero no olvido, nunca olvido.”

Francisco recordó a su madre con una canción

Su hermano Francisco, músico, compuso una canción en la que recuerda a su madre. Se titula “Camisón de flores”. A continuación, la letra de la canción y su reflexión:

“Camisón de flores”

En el cuerpo estás vos
Robada de jazmines
Con música y amor
Con solo un camisón de flores
En la luna que a vos
Te cubrió de la noche
Yo resguardo mi voz
De los ogros del toque noche
Y en la suerte que tu amor corrió
Me pierdo, llorando
Y en los hombres que te hicieron daño
Está el infierno, quemando, quemando
En el patio en que vos
Jugabas cuando niña
Ahí está el amor
Más grande de toda nuestra vida
Vibel querida y en la suerte.....

Contó Francisco que “compuse esta canción a partir del recuerdo de mi hermana del momento del secuestro de mi madre y su posterior desaparición. Luego de una profunda y laboriosa sesión de terapia hablando de ese recuerdo, volví a mi casa y la canción salió casi en el momento (me refiero a la primera parte de la letra y sus acordes básicos). “Recuerdo el impacto que me produjo escribir las frases ‘y en la suerte que tu amor corrió’. Era como una frase extraída de cierto léxico hablado por mis abuelos Polo y Virginia, que me criaron. También ‘y en los hombres que te hicieron daño/ está el infierno quemando’; era hablarle a los malos desde otro lugar.

“Para mí el momento de componer la canción fue un momento de conexión único con mi madre y, aún hoy, muchos años después de haberla compuesto, cada vez que la interpreto en vivo vuelvo a sentir una sensación parecida, o una presencia en la ausencia.

“Desde que era un niño sentí que internamente dialogaba con mis padres o en mi pensamiento había una voz que los representaba, supongo fue algo que mi mente construyó para darles presencia dentro mio, o algo así. Pero el hecho de hacer una canción en donde le hablo a mi madre, fue sublimar ese diálogo, exteriorizarlo y hacerlo colectivo al compartir a través de la música lo que uno (re)construyó dentro de sí con el paso de los años.

“Por eso ‘Camisón de Flores’ es parte fundamental de mi genealogía afectiva familiar, pero a la vez lo es también de mi genealogía musical, de mi recorrido como compositor. Es gratificante y formador para alguien que pretende hacer canciones, ver el recorrido y la forma en que fue tomando con el paso del tiempo una obra que surgió desde un sentimiento profundo.”